



Sección temática: ST3- Debates contemporáneos y perspectivas historiográficas de la arquitectura, el diseño y la ciudad.

Título: Latinoamérica: arquitectura en tiempos de globalización

Autor: Lucio Magarelli

Materia / Cátedra: Historia de la Arquitectura / Martínez Nespral

Correo electrónico: lucio.magarelli@fadu.uba.ar

Resumen

Los primeros debates conocidos sobre la arquitectura latinoamericana, iniciados a partir del modelo de los Seminarios de Arquitectura Latinoamérica (SAL) pusieron en evaluación la arquitectura moderna de nuestro continente frente a los modelos canónicos de desarrollo de los años ochenta, pero dado que los tiempos han cambiado, hoy pareciera necesario un nuevo replanteo.

Si bien los aportes de Cristian Fernández Cox o Enrique Browne, por nombrar algunos de los teóricos referentes de aquellos tiempos, son imborrables y completamente trasladables al contexto actual, el debate hoy también debería pasar por nuevos canales de análisis, ya que, los tiempos han cambiado, y el avance de la globalización no es inminente, es una realidad.

Las expectativas del nuevo milenio han sido muy diversas y heterogéneas, pero difícilmente alguien haya podido predestinar el avance de un modelo económico inédito, poniendo en crisis el paradigma de los estado-nación.

Frente a esta realidad, campos como la antropología, buscan analizar como esto repercute en los modos de vida de las personas (Abélès, 2012), e incluso, el mismo García Canclini ha escrito como la sociedad latinoamericana, a través de los

Estados, debe empezar a hacerle frente a esta realidad, que, según otros autores, como Joseba Gabilondo, encuentra comparativas con otras periodizaciones de la historia de la humanidad.

Y ante ello, nos preguntamos cuál es el rol de la arquitectura latinoamericana en este contexto.

A través de una interpretación propia de como la globalización afecta a nuestras sociedades, este trabajo intentará proponer medios de relación con dicho *zeitgeist* en el marco arquitectónico.

Analizar cuáles deben ser las relaciones que deben tomar los arquitectos (y los estudiantes de arquitectura) para entender cuándo puede resultar provechoso el medio de la globalización, a partir del intercambio y la expansión cultural; y cuando resulta peligroso ante una eminente universalización de la cultura y consiguiente pérdida identitaria, a partir de un marco teórico, experiencias como docente, admirador de la arquitectura de nuestra continente, pero principalmente, como latinoamericano.

Palabras clave: arquitectura latinoamericana – globalización – modernidad - decolonialidad

Introducción

A partir de los primeros debates sobre la arquitectura latinoamericana, ligados al modelo de los Seminarios de Arquitectura Latinoamérica (SAL), se comenzó a reflexionar sobre la arquitectura moderna de nuestro continente frente a los modelos canónicos de desarrollo de los años ochenta.

Los aportes de Fernández Cox (1991) o Browne (1988), por nombrar algunos de los teóricos referentes de aquellos tiempos, son significativos y coherentes al contexto en el cual se desarrollan.

Pero dado que los tiempos han cambiado, hoy pareciera necesario plantear una nueva lectura. El debate hoy también debería pasar por nuevos canales de análisis, ya que el avance de la globalización no es inminente, sino una realidad.

Las expectativas del nuevo milenio han sido diversas y heterogéneas, pero difícilmente alguien haya podido predestinar el avance de un modelo económico inédito, que ponga en crisis el paradigma de los Estado-Nación a nivel geopolítico y con ello, a nivel socio cultural, las divisiones entre las identidades locales y globales.

Frente a esta realidad, campos como la antropología, busca analizar como esto repercute en los modos de vida de las personas (Abélès, 2012), e incluso un referente, cómo el mismo García Canclini (2014) ha escrito cómo la sociedad latinoamericana, a través de los Estados, debe empezar a hacer frente a estos cambios.

Ante ello, nos preguntamos cuál es el rol de la arquitectura latinoamericana en este contexto, donde las identidades se vuelven flexibles y corren riesgo de ser colonizadas.

A través de una interpretación propia de como la globalización afecta a nuestras sociedades, este trabajo intentará proponer medios de relación con dicho *zeitgeist* en el marco arquitectónico, analizando cuáles deben ser las relaciones que deben tomar los arquitectos (y los estudiantes de arquitectura) para entender cuándo puede resultar provechoso el medio de la globalización, a partir del intercambio y la expansión cultural; y cuando resulta peligroso ante una eminente universalización de la cultura y consiguiente pérdida identitaria. Es por ello que desde nuestra soledad debemos intentar relacionarnos sin ser perjudicados y sin que nos dejen solos.

Globalizaciones en Latinoamérica

Para ello, debemos comenzar por relativizar el término “globalización” con el cual se relaciona el periodo actual de la historia, ya que como sostiene Gabilondo (2019), este intercambio masivo a nivel internacional es un evento que se repite cíclicamente a lo largo de la historia de la humanidad.

Si hay tierra alguna que sabe de globalizaciones, esa es América. La misma América que debe su toponimia exclusivamente a uno de los exploradores, Américo Vesputio, que descubrieran el “Nuevo Mundo”.

El continente que nos acobia históricamente se ha acostumbrado a los cimbronazos, como tsunamis que llegan de los océanos, con el fin de modificar su realidad, dejando numerosas secuelas en su historia.

Sin embargo, nuestra soledad, como dijera alguna vez Gabriel García Márquez, persiste: esa es la historia de nuestra terca América, por ello no debemos temerle, sino más bien prepararnos al contexto internacional que nos rodea actualmente.

Quienes analizan este periodo sostienen que el intercambio masivo entre naciones no es una anomalía dentro de la historia, muy contrariamente son eventos reiterativos, es por ello que Marc Abélès sostiene:

Quienes hablan de mundialización suelen subrayar que no se trata de una innovación. No se duda en identificar como “primera mundialización” a un periodo que va de los años 1880 hasta la guerra de 1914 y se caracteriza tanto por la intensificación de los intercambios como por la internacionalización de la economía. (Abélès, 2012, p. 30)

No obstante, el autor destaca que las dos periodizaciones mencionadas tienen notorias diferencias, las cuales vale la pena destacar:

La comparación tiene sus límites si consideramos el papel actual de las multinacionales, y el dominio de los países avanzados en el comercio y la inversión. Asimismo, el funcionamiento del mercado abre nuevas perspectivas. Hay una generalización y una institucionalización del libre comercio a través de la Organización Mundial de Comercio, la inversión es diferente en sus modalidades y destinos, la movilidad del capital y la escala de los flujos financieros son mucho más importantes, el sistema monetario internacional es distinto y la libertad de las migraciones de la mano de obra drásticamente controlada. (Abélès, 2012, p. 42)

Desde el punto de vista plenamente económico, las diferencias son notorias, ya que actualmente los gobiernos locales nacionales deben ajustarse a las fuerzas del mercado global, que trasciende e integra las diversas regiones económicas y que genera una economía considerablemente más abierta que la de la *Belle Époque* con su alto grado de proteccionismo y sus zonas económicas imperiales.

Otros autores, como Joseba Gabilondo, nos proponen analizar que no existe una sola globalización, sino diversas globalizaciones locales, que originan la dificultad de explicar este fenómeno heterogéneo, sentenciando a las teorías universalistas:

Todas las teorías totalizadoras ofrecen una historia unificada y general que insiste en la simultaneidad de todos los sujetos del mundo y en la correcta ordenación de los mismos. Y todas ellas, dado que parten de una revisión o dialogo con las teorías anteriores, se presentan ante lectores con la promesa de ser las últimas y definitivas, las verdaderamente universales globalmente. Sin embargo, en la medida en que cada teoría globalizadora considera que es la última, se convierte en teoría general por medio de la promesa de detener y

congelar la historia. Pero al mismo tiempo, al construirse como negación de las anteriores, cada teoría global anticipa implícitamente que en el futuro siempre habrá otra, en la que puede cifrarse como una diseminación derridiana deconstructiva. (Gabilondo, 2019, pp. 20-21)

Si tenemos en cuenta entonces que el periodo actual no es una anomalía a nivel histórico, ya que podemos encontrar precedentes similares, y si, además de ello, interpretamos esta situación como heterodoxa, plural y heterogénea; podremos encontrar la manera de adaptarnos al intercambio masivo que nos rodea.

Un intercambio que no nos presente como espectadores o consumidores, dejando de lado la perspectiva universalista del centro, volviéndonos partícipes de nuestras propias globalizaciones.

Trabajar sobre lo ganado en el campo disciplinar

La historia de la crítica arquitectónica latinoamericana se ha puesto en valor en los últimos años, debido a múltiples factores, cómo la disparidad de corrientes arquitectónicas internacionales o la desaparición de los grandes maestros modernistas, y sumado a ello numerosas crisis a nivel social por la inestabilidad producto del modelo económico capitalista neoliberal.

A partir de los SAL, los profesionales de la disciplina comienzan a realizar una crítica a la arquitectura moderna, realizada “desde acá y hacia acá”.

Hoy en día si se entiende la globalización como un proceso de homogeneización de los mercados a partir de un proceso de universalización, en el cual puede encontrarse un gran paralelismo con la arquitectura modernista del siglo XX.

La universalización ya no pasa por el eje doctrinal de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), en la actualidad la arquitectura parece concebirse como un bien de consumo, por ende, se transforma en un mercado más, donde la industria de la construcción, a partir de la apertura de mercados y el flujo constante de capitales podría generar grandes ganancias a las multinacionales de la construcción.

Con este fin, nos proponemos trabajar sobre lo ganado en los SAL, donde autores como Fernández Cox (1991) o Brown (1988), nos permiten redefinir la modernidad en tiempos de homogeneidad, y así sentar las bases para definir nuestras identidades en tiempos de globalizaciones.

Cristián Fernández Cox nos proponía comprender la modernidad como el desafío histórico de transitar desde un orden recibido hacia un orden producido.

Pero a su vez, comprender que el desafío histórico que puede verse como genérico y común de “la modernidad” en realidad plantea respuestas que siempre suelen ser *sui generis*, heterogéneas y plurales, resultando “las modernidades”, siendo éstas críticas hacia las corrientes colonizadoras de la universalización:

Por parte nuestra, y según la actitud exocéntrica de nuestras elites a las que me he referido en otras oportunidades, nuestro recurrente sesgo a pseudoasumir identidades ajenas, recibió esta dicen que universal “modernidad como se debe” con la provinciana complacencia de “la modernidad *comme il faut*”. Olvidando la cruda sabiduría del dicho popular de que “aunque la mona se vista de seda... mona se queda”, esta falacia de la modernidad unívoca que nos permitía pseudovivenciamos como “universales” (léase europeos) fue cristalizándose así en la suerte de canon sacralizado y dogmáticamente congelado, que implícita la noción unívoca de la modernidad que tácitamente prima hasta hoy en nosotros. (Fernández Cox, 1991, p. 37)

La situación no es variable por quien sea el modelo de orden recibido, ya que, al autoimponernos un modelo dogmático de modernidad predefinida, solo cambiamos el orden recibido por otro orden recibido, no por un orden producido, es por ello que: “Toda modernidad debe ser *sui generis* (apropiada) no solo para ser auténtica respecto de su identidad peculiar, si no igualmente para ser auténticamente un orden producido: auténticamente una modernidad” (Fernández Cox, 1991, p. 37).

Según Fernández Cox (1991), la modernidad yace en variar un orden recibido en un orden producido, allí yace la lógica de modernidad apropiada, donde la sociedad se adapta a un contexto mayor, una especie de modernidad “glocal”.

En el contexto actual podríamos considerar esta afirmación como incompleta, debido a que el ciclo de intercambio propuesto termina allí y no produce nuevas interacciones (aunque quizás esta lectura peca de anacronismo en el contexto globalizado actual).

La modernidad apropiada también debe ser influyente en el contexto internacional, la modernidad latinoamericana debe generar ordenes producidos que sean recibidos

por nuevos ordenes, si no ha de caer en el fin de la lógica productiva, debe continuar el ciclo de producción de los órdenes, generar intercambios.

Para adaptarse al nuevo contexto transnacional, la arquitectura regional, creemos que debe preocuparse por generar una sintonía entre orden recibido-orden producido- "orden transmitido".

Si no, lógicamente, aunque los órdenes se adapten a nuestra realidad, permaneceremos inmersos en el sistema como consumidores de las lógicas foráneas.

Tal puede ser el caso de Rogelio Salmona en Colombia, utilizado por Fernández Cox (1991) para ejemplificar la modernidad apropiada, quien en vez de copiar el hormigón visto del Movimiento Moderno respondió al desafío con la tecnología bogotana real y potencial de la tecnología ladrillera, generando un auténtico orden producido, una autentica modernidad, que se transformó en símbolo y ejemplo de la arquitectura latinoamericana a nivel transnacional.

Frente a la problemática que puede presentar esta lógica de adaptar la modernidad apropiada a los tiempos presentes pueden presentarse varios argumentos que sustenten dicha hipótesis. En principio es lógico asumir que los tiempos actuales son muy distintos que hace treinta años, cuando Fernández Cox postulara su hipótesis, para ello podemos reforzarnos en las palabras de Enrique Brown, quien argumentara:

La arquitectura contemporánea latinoamericana ha evolucionado dentro de una permanente tensión entre "espíritu de la época" y "espíritu del lugar". Entre su ubicación en el tiempo y su ubicación en el espacio. A ello se le suma la dimensión cultural que es peculiar a cada pueblo y varía muy lentamente.

La cultura es un incesante estado de ser: se cancela y se preserva por sublimación de estados cada vez más altos de síntesis entre oposiciones. Somos producto del "espíritu de una época" que resulta de la superación de los anteriores. Esta noción permite establecer en fenómenos simultáneos o sucesivos un sentido general común, donde todo está animado por un arquetipo colectivo. (Brown, 1988, pp. 11-12)

Pese a lo que crea el hombre contemporáneo, los medios de transporte, los avances tecnológicos y los medios de comunicación no lo han liberado de la dependencia del lugar. Los esquemas sensibles y emocionales que conforman a las personas son los que están determinados por sus experiencias infantiles. Pero ello no significa que el carácter de cada lugar sea inmutable, él mismo se transforma. Debe ser capaz de recibir contenidos nuevos sin perder su esencia, y debe ser capaz de fecundarlos, allí es donde el “espíritu de la época” interactúa permanentemente con el “espíritu del lugar” (Brown, 1988, p. 13).

Ser latinoamericano en tiempos de globalización

García Canclini (2014) plantea una relectura de cómo deben responder los Estados latinoamericanos a un contexto de eminente globalización. Que resulta no ser un contexto normal: es un contexto arraigado en la incertidumbre y afectado por el escepticismo de nuestros pueblos frente a los numerosos fracasos económicos.

Las incertidumbres y regresiones económicas y políticas de fines del siglo XX suspendieron muchas expectativas. Quienes apostaron solo a los Estados Nacionales, al mercado, o a los medios masivos, para ver cómo podía desarrollarse e integrarse América Latina, aprendieron que ninguno de esos referentes es lo que fue. El horizonte mundializado cambió a las naciones, los mercados y los medios. Ni siquiera se mueven en un solo sentido porque la globalización es multivalente: incluye negocios especulativos y también migraciones multitudinarias, intercambios fluidos, mayor penuria: económica y juicios por violación de derechos humanos (Canclini, 2014, p. 18)

Los Estados deben tener conocimientos más sólidos de sus economías antes de congraciarse en acuerdos de libre comercio, como sucedió con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994, y generar “una interacción democrática entre gobernantes y ciudadanos” para así averiguar en la historia las causas de estas frustraciones, situación protagonista donde la globalización y la integración regional no pueden dejar de ser pensadas como parte de los requisitos de supervivencia y superación ante el hecho de encontrarnos unificados por las deudas (García Canclini, 2014).

Frente al avance del neoliberalismo en sectores de Latinoamérica, se sostiene que toda recuperación será temporal, limitada a sectores de algunos países, será

precaria, mientras no se renegocie la deuda externa e interna de un modo que permita crecer en conjunto, allí está la importancia de sabernos unificados por las deudas, la posibilidad de agruparse no es una opción sino una necesidad (Canclini, 2014).

Las naciones están dejando de ser marcos para localizar la producción cultural, ahora son las empresas multinacionales, quienes por más que tengan nombres de referencias geográficas, se mueven según la marea de los flujos económicos ya que su capital accionario no depende de un país en particular.

La principal deconstrucción de las naciones en América Latina, radica en varios motivos, desde la desaparición de las monedas propias hasta la privatización y transnacionalización de industrias y servicios, hasta los bancarios: “Aun donde subsisten monedas nacionales, los emblemas que llevan ya no representan la capacidad soberanamente sus precios ni sus salarios, ni las deudas externas e internas”. (Canclini, 2014, p. 52)

El escaso conocimiento de las producciones culturales en los países latinoamericanos, por parte de los propios gobiernos, genera que no exista una negociación de ésta categoría en los acuerdos de libre comercio, por lo cual éstos terminen siendo perjudiciales en el desarrollo cultural ya que se terminan absorbiendo elementos de consumo que transmiten el imperialismo a partir de la expansión económica y comunicacional:

Estados Unidos se queda con el 55 por ciento de las ganancias mundiales producidas por los bienes culturales; la Unión Europea con 25 por ciento; Japón y Asia reciben 15 por ciento, y los países latinoamericanos, solo el 5 por ciento (Bonet). (Canclini, 2014, p. 55)

La producción de bienes y mensajes culturales está ganando valor en los mercados globales, por lo que nuestros recursos culturales pueden contribuir a relanzar nuevos programas de crecimiento. Además de ello, los bienes culturales reactivan la economía, ya que trascienden de los cines o teatros, y se venden hasta en supermercados.

Es por ello que García Canclini (2014) sostiene que debe considerarse la importancia de que la integración económica y cultural de los países

latinoamericanos sea sostenida con leyes y acuerdos legales transnacionales que protejan el sentido cultural de su producción.

Para ello debemos focalizarnos en dejar de percibir la interacción global-local como una relación antagónica, donde comience a materializarse un esquema “glocal”.

Debemos ser sensatos del tiempo en el que vivimos, de nuestro presente, pero además de nuestro pasado, lo que representa nuestra tradición y de las experiencias colectivas que nos han transformado como sociedad, sin dejar que el mercado nos desprenda de nuestra historia.

El autor entonces reconoce cinco motivos por los cuales la modernización del desarrollo tecnológico no implicaba la extinción de las culturas populares tradicionales:

a) un desarrollo capitalista selectivo no puede incorporar toda la población a la producción industrial urbana.

b) el mercado tiene la necesidad de incluir las estructuras y los bienes simbólicos tradicionales en los circuitos masivos de comunicación, a fin de alcanzar a las capas populares menos interesadas en la integración a la modernidad.

c) debido al interés de los sistemas políticos por tomar en cuenta el folclore a fin de fortalecer su hegemonía y su legitimidad en el marco del desarrollo nacional.

d) por la continuidad en la producción cultural de los sectores populares en la producción cultural.

e) como consecuencia en la política de algunos países de fomentar la diversidad.

A partir de entonces comienza a apreciarse el concepto de lo “popular”:

Bajo la lógica globalizadora, lo “popular” no es sinónimo de local. No se forma ni se afianza sólo en relación con un territorio. No consiste en lo que el pueblo es o tiene en un espacio determinado, sino en lo que resulta accesible o moviliza su afectividad ... (Canclini, 2014, p. 86)

Y mientras algunos autores sostienen que las opciones de desarrollo son globalizarse o defender lo local, García Canclini concluye en una mirada que plantee opciones más democráticas, combinando lo local y lo global a nuestro gusto.

Este resurgir de lo popular, ha generado, a su vez, nuevas representaciones de desnacionalización y desglobalización que generan nuevos contenidos de protesta y multiplicación de los actores intervinientes.

Las culturas populares se transforman en los espacios donde los grupos hegemónicos o subordinados, y aún excluidos, disputan y negocian el sentido social. De esta manera, en nuestros espacios contemporáneos se construyen sujetos históricos: “En un mundo mediático, ser un sujeto popular incluido requiere controlar en cierta medida el hábitat físico inmediato y también volverse capaz de disputar el acceso a los circuitos translocales de los cuales depende su autoreproducción” (Canclini, 2014, p. 90).

Para dejar de ocupar un rol secundario en este proceso, y reubicarse de manera más creativa y competente a los intercambios globales, García Canclini (2014) propone una agenda de tareas:

a) Identificar las áreas estratégicas de nuestro desarrollo: esta estrategia requiere poner en el centro a las personas y las sociedades, no las inversiones o indicadores económicos y macroeconómicos.

b) Desarrollar políticas socioculturales que promueven el avance tecnológico y la expresión multicultural de nuestras sociedades, centradas en el crecimiento de la participación democrática de los ciudadanos. Este punto requiere dejar de lado el paradigma de las simples relaciones que establecen los tratados de libre comercio, donde las relaciones laborales, culturales y educativas se encuentran absolutamente desregularizadas, mientras los únicos que sacan provechos de éstos acuerdos siguen siendo los empresarios y financieros.

Buscar la consolidación de una ciudadanía latinoamericana, acompañado de una moneda e instituciones a nivel regional, las cuales simbolizarán la expresión multicultural propia, demostrando que somos mucho más que un mercado.

c) Reubicar las políticas culturales en áreas estratégicas de desarrollo endógeno y de cooperación internacional. Nuestra identidad cultural se destacará por tres prácticas intelectuales: la información contrastable y razonada, la solidaridad basada en la comprensión de los conflictos interculturales, y la duda (además de reencontrar el valor perdido de las palabras). Destacando nuestra región por sus valores de cooperación y diplomacia cultural que siempre le fueron afín.

Los Estados deben generar políticas que permitan expandir lo que seguimos produciendo, y no establecer aduanas estrictas que nos encierren, políticas endógenas que reviertan la desnacionalización y se relacionen con el resto del

continente, para así, dejar de convertirnos en franquicias editoriales de las metrópolis.

d) Cultivar y proteger legalmente la diversidad latinoamericana situándola en la variedad de tendencias que contiene la globalización. Crear instrumentos internacionales que den conocimiento y evaluación del desarrollo sociocultural. Es necesario impulsar una política de diversidad cultural que mantenga nuestra heterogeneidad, aun desde el punto de vista mercantil, ésta no debe desarmarse y trabajar pluralmente con los medios y hábitos de consumo.

Después de años de vaciamiento del poder estatal, de baja de los puestos de trabajo, y de perder la posibilidad de una participación competitiva en la globalización, América Latina puede encontrar en la cultura, en su propia cultura latinoamericana, a partir de políticas responsables, la posibilidad de mostrarse al mundo como realmente es. Ese otro lugar que queda por descubrir, lugar que muchos migraron en búsqueda, y que, porque sigue acá, todavía no lo han encontrado.

El rol de la arquitectura

Comprendemos que el sistema neoliberal suele desarrollar políticas económicas que tienden a polarizar el esquema hacia el paradigma del centro y de la periferia. A partir del arrasador intercambio que produce el sistema económico, las lógicas productivas y tecnológicas se ven absorbidas por las decisiones de los mandatarios de nuestra región.

Desde la arquitectura debemos analizar seriamente en transformarnos en el rol de la resistencia a la colonización cultural e industrial. Nosotros como profesionales debemos ser críticos y conscientes del cambio del cual somos posibles.

No es conveniente adaptarse a modos de habitar *for export*, donde los sujetos sociales latinoamericanos jamás podrían adaptarse, como a su vez es necio negarse a incorporar avances tecnológicos que permitan nuevas soluciones constructivas mientras no afecten el trabajo de nuestra clase obrera.

Pero a su vez, debemos observar el potencial de nuestra disciplina, a partir de la experimentación, podemos generar soluciones técnicas propias, resoluciones edilicias, incluso hasta ciudades que desarrollen nuestra economía y sean el modelo a tomar por el resto de las naciones a nivel global y así generar un orden transmitido.

Nuestro lenguaje y creatividad, el mismo que suele verse como extravagante y particular, puede adaptarse a las lógicas de consumo que le interesan al mercado, creando una “marca” que refuerce la idea de identidad latinoamericana.

Frente a esta realidad de la relación popular-local en estos tiempos se tiene dos caminos: se padece la globalización o se participa en ella.

El lenguaje local sudamericano puede caracterizarse por los ojos hegemónicos cómo vulgar o “bárbaro” al no poseer necesariamente los códigos estilísticos dominantes, pero gracias a su capacidad experimental, su aprovechamiento de recursos adquiere un realismo mágico, heterogéneo y resiliente que puede servir, a partir de la arquitectura, para fortalecer nuestro patrimonio tangible e intangible, y en las palabras de García Canclini (2014) comenzar a encontrar nuestro lugar en este siglo.

Así sea bárbaro, solitario o experimental, nosotros mismos podremos decidir cómo vincularnos con las diversas globalizaciones, ya que nadie puede ser capaz de asignarnos un camino que nosotros mismos no decidamos tomar, se trata de agruparnos para valorarnos, y así, trascender. Trabajar desde nuestra soledad, para no perder nuestra esencia, pero para no quedarnos solos.

Referencias bibliográficas

Abélès, M. (2012). *Antropología de la globalización*. (Traducción de Françoise Blanc). Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Browne, E. (1988). *Otra arquitectura en América Latina*. Ciudad de México: Gustavo Gili.

Fernández Cox, C. (1991). Modernidad apropiada. Modernidad revisada. Modernidad reencantada. *Revista Summa*, (289), 36-40.

García Canclini, N. (2014). *Latinoamericanos buscando lugar en este siglo*. Buenos Aires: Paidós.

Gabilondo, J. (2019). *Globalizaciones: La nueva Edad Media y el retorno de la diferencia*. Madrid: Siglo XXI.